
Lealtad a la Constitución de todos

BARCELONA, 6 DE DICIEMBRE DE 1992

Amigos del Partido Popular de toda España: hoy nos hemos congregado aquí, en Cataluña, en Barcelona, para celebrar el decimocuarto aniversario de nuestra Constitución, de la Constitución de todos como dice el lema de este acto.

Permitidme que además de saludaros a todos, lo haga especialmente a los diputados, senadores, parlamentarios regionales, alcaldes y concejales que también nos acompañan en este acto y cuya presencia, en este mismo acto y en los otros muchos que se celebran por España, es un refrendo claro y un compromiso de presente y de futuro con nuestra Constitución.

Me vais a permitir que en esta mañana barcelonesa, en esta mañana catalana, en esta mañana de nuestra Constitución, yo no haga aquí un discurso fácil sino que haga el discurso y la reflexión que creo que tengo que hacer para Cataluña, para España desde Cataluña y pensando también en el futuro de nuestro país.

¿Qué es lo primero que quiero decir? La primera palabra que me viene a la cabeza cuando conmemoramos la Constitución es, sin duda ninguna, la palabra lealtad. Lealtad es la palabra que debe encerrar cualquier comportamiento hacia nuestra Constitución en el presente, y lealtad es la palabra

que debe enmarcar todo el comportamiento a nuestra Constitución para el futuro.

Lealtad a nuestro país, lealtad a nuestras ideas y lealtad también a nuestra obligación responsable hoy que es cambiar y mejorar las cosas en España. Y fijaos bien que hablamos de lealtad sin matices, porque la Constitución y España necesitan hoy profunda lealtad sin matices: aquella que le da fuerza para encarar definitivamente su futuro.

Pero bien está recordar también en estas reflexiones que cuando hablamos de lealtad a la Constitución y conmemoramos su decimocuarto aniversario hablamos de algo que nació en 1978 y no en 1982. Nació en 1978 con un espíritu de acuerdo, un espíritu de consenso, un espíritu de innovación que ha sido barrido después por los intentos hegemónicos que nacieron en 1982.

Por eso, frente a la hegemonía y frente a la exclusión, nosotros hablamos de la necesidad de recuperar equilibrios. Tenemos que reequilibrar institucionalmente los poderes del Estado para ponerlos al servicio de un gran proyecto nacional, para toda España, para el conjunto de los españoles.

Aquí, en esta mañana catalana, hay catalanes y vascos y andaluces y valencianos y castellanos y aragoneses. Aquí está un proyecto nacional para España. Llevamos, queridos amigos, quinientos años, más de quinientos años juntos. España no es una componenda, ni un regateo, ni un artificio: España es la voluntad de vivir juntos durante quinientos años y tiene que seguir siendo con la Constitución en la mano una voluntad de seguir viviendo juntos muchos años más.

Somos una nación demasiado importante para que eso que supone la pluralidad española, que España es una gran nación plural, una gran realidad plural, en lugar de enriquecernos y fortalecernos, nos pueda dividir o nos pueda enfrentar.

España es muy importante, es demasiado importante para que nadie juegue con España a debilitarla para regocijo de nuestros adversarios o para perjudicar nuestros intereses.

Fortalezcamos, pues, un gran proyecto nacional para todos los españoles, asumiendo, al mismo tiempo, la existencia de una España plural. Y, como consecuencia de nuestra Constitución, vivimos en un Estado de las Autonomías que también exige la correspondiente lealtad.

Hemos hecho un gran esfuerzo por superar el centralismo, y hemos de hacer también un esfuerzo por superar problemas de organización que trascienden lo que puedan representar concepciones meramente nacionalistas.

Nosotros, partiendo de la Constitución, queremos construir un proyecto para toda España, no para fragmentos de España o para pedazos del Estado español. No. Un proyecto para toda España, para todos.

Este proyecto, al reconocer la pluralidad, sabe también tratar desigualmente lo que son realidades desiguales. No tenemos ningún aliento, ningún ánimo uniformizador, porque no queremos perder riqueza española. Tenemos un aliento y un ánimo integrador porque queremos aportar esfuerzo, cultura, posición, posibilidades, fortaleza española. Y hemos dado para ello un gran paso adelante que debemos continuar.

Algunas veces en el debate político se dice: “Bueno, todo esto es transitorio, es un paso al que seguirán otros sin que sepamos adónde vamos a llegar”. Ante eso digo: No. El Estado de las Autonomías no puede superar un período transitorio hacia no se sabe dónde. Es una decisión política inteligente, vertebradora del país, que hay que perfeccionar, que hay que mejorar, pero no hay que considerarla instrumentalmente como un paso hacia el vacío.

¿Para qué queremos nosotros que sea útil un Estado como el de las Autonomías? Pues para fortalecer nuestra sociedad. Del mismo modo que, ahora, en el debate europeo cada vez nos tenemos que dar más cuenta, aunque algunos no se han dado todavía cuenta, de que para ser fuerte fuera, para ser importante fuera, para ser poderoso fuera, no hay nada mejor que ser fuerte, poderoso y potente dentro de nuestro país, y esa tiene que ser nuestra meta.

Del mismo modo, un país, es tanto más fuerte cuanto más fuerte es la sociedad que lo vertebra. Fijaos bien: ¿por

qué es Cataluña importante? Porque tiene una sociedad pujante y esa sociedad civil, donde nacen muchas iniciativas sociales, es imprescindible para fortalecer y vertebrar nuestro país.

Yo no creo que todo aquello que defiende el bien común tenga que nacer exclusivamente de un gobierno, de un Estado: puede nacer también de la sociedad. Pero tiene que haber una sociedad articulada. Y bien merece la pena fijarse en cómo se puede vertebrar mejor, organizar mejor, respetar mejor lo que son iniciativas sociales, lo que son cuerpos y agrupaciones sociales que tejen, que construyen el tejido social de nuestro país, y que, naturalmente, también nos tiene que servir para vertebrar democráticamente la sociedad española.

No os oculto que me preocupa y me ha preocupado en los últimos tiempos cierto resquebrajamiento de nuestra unidad de nuestra conciencia colectiva. Y eso hay que recuperarlo, sobre todo en momentos como éste que es momento de aunar esfuerzos y de sumar voluntades. Recuperemos nuestra conciencia colectiva, nuestras señas de identidad y pongámoslas al servicio, como digo, de un proyecto nacional para el conjunto de los españoles.

Y también, en este decimocuarto aniversario de la Constitución, tenemos que hablar de la Constitución como valor. A veces, en la vida cotidiana de cada uno o en la vida de los países, no damos toda la importancia que merecen a los momentos que vivimos.

Yo he llegado ayer a Cataluña desde Bruselas. Allí había asistido, una vez más, a la reunión de jefes de Gobierno y de partido del Partido Popular Europeo del que formamos parte. Y allí tuve la oportunidad de escuchar cómo un amigo de nuestro partido, que es el Canciller Kohl, decía: "¿Nos damos cuenta los europeos de que hemos vivido el período de paz más importante de nuestra historia? ¿Somos capaces de valorar los esfuerzos que hemos conseguido o que hemos tenido que hacer para conseguir esa paz? ¿Estamos dispuestos a hacer los esfuerzos necesarios para mantener en términos de futuro y en términos de cooperación esa paz?".

Pues la Constitución española también tiene un valor de paz, y tiene un valor de concordia y tiene un valor de tolerancia y tiene un valor de respeto y tiene un valor de diálogo y tiene un valor de punto de referencia, de un cuadro de valores morales sin los cuales es imposible abordar el futuro del país.

Yo deseo que entre todos construyamos de un modo más perfecto lo que alguien ha definido como una sociedad democrática avanzada en España. Pero no hay esa sociedad sin puntos de referencia, sin valores morales. La Constitución española los tiene, y tenemos también en este aniversario que saber asumirlos, saber defenderlos, saber perfeccionarlos y extraer de ellos fortaleza para salir adelante. No olvidemos nunca que esos valores al final son los más importantes.

Hoy ya, afortunadamente, los españoles no nos tenemos que plantear en términos trágicos las preguntas sobre España que se hacían Ortega, Unamuno o Manuel Azaña. No. Sólo quedan fenómenos residuales de violencia con los que la sociedad española, todos juntos y todos a una, terminaremos. Nunca hay que bajar la guardia contra la violencia ni hay que contemporizar con ella, pero no nos planteamos ya preguntas amargas —ni dudas— sobre nuestro futuro en términos trágicos.

Hoy planteamos las cosas desde la racionalidad. Hoy España tiene una Constitución, y estamos en un Estado de las Autonomías, insisto, respuesta tal vez imperfecta pero inteligente a problemas históricos. Y hoy estamos también en la Comunidad Europea, estamos cumpliendo uno de nuestros objetivos como era el de estar en Europa. Pero en esto, queridos amigos, no debe haber ninguna complacencia. Lo recuerdo para que no olvidemos lo que habíamos tenido, y aprovechemos las enormes posibilidades que tenemos ahora al partir de donde partimos. No es la hora de la complacencia, sino la de la exigencia. Ahora hay que fortalecer un proyecto en común de futuro, de convivencia y de solidaridad de todos los españoles.

Ahora hay que explicar en palabras sencillas nacidas de la honestidad que el interés general tiene siempre que prevalecer sobre el interés particular, que el todo tiene que preva-

lecer sobre la parte, que el interés común debe estar encima del interés personal y que esas actitudes son actitudes morales y políticas que necesita España en este momento.

Hoy tenemos la obligación y la autoridad moral para decir que el derecho a la reivindicación de un territorio, que el derecho a la reivindicación de un grupo no es, en ningún caso, el derecho a la confusión.

El radicalismo es estéril y no conduce a ningún puerto bueno. La ambigüedad no puede ser moneda permanente de curso legal. El doble lenguaje no puede ser la política corriente. La reivindicación permanente es incompatible con una política de sentido común, de sentido nacional y de sentido del Estado.

El nacionalismo puede aportar soluciones; lo que no puede es convertirse en coartada de no se sabe qué cosas, y sería bueno aclarar a toda España en qué se quiere convertir.

En Barcelona pido a todos no más doble lenguaje, no más ambigüedad, no más reivindicación sin sentido. Vamos a actuar lealmente en una doble dirección: de las comunidades autónomas que integran nuestro país con la nación española, y desde la nación española con todas sus comunidades. Será ésta la mejor manera de construir y fortalecer ese proyecto nacional que recoge y sintetiza el carácter plural que venturosamente tiene España.

Yo creo en España, creo profundamente en las posibilidades de nuestra nación y, naturalmente, no solamente creo, sino que deseo y sé que vamos a seguir todos construyendo un proyecto de futuro común, vamos a seguir viviendo juntos en nuestro país.

Pero yo, en esta mañana, quiero hablar también para Cataluña. Cataluña es una tierra muy sensible y tiene un modo especial de ver las cosas.

Yo estoy mucho en Cataluña y sé lo que Cataluña aporta y puede aportar al conjunto de España y a todos los españoles. Y estoy también por muchos otros sitios de España en donde también me hablan y yo hablo de Cataluña: a mí me molesta, me indigna y desde luego me parece inaceptable que pueda alguien presentar a Cataluña como

adversaria, como enemiga o como algo peligroso para España.

Y me indigna, y me rebelo también, cuando en algunos sitios puedo escuchar algo que representa una falta de comprensión, de generosidad o de entendimiento desde el conjunto de España para lo que significa Cataluña.

Yo no creo eso, y además, creo que cometen un error extraordinario los que intentan hacer esa política. Como también rechazo que se practiquen en mi país, en Cataluña o en cualquier otro sitio, políticas de acoso personal que sólo sirven para entorpecer las cosas. Yo lo he padecido, yo sé lo que es el acoso personal, y no quiero que se practique esa política con nadie, porque no es bueno, porque no es constructivo, porque no sirve más que para destruir.

Yo no creo tampoco en esas políticas que consisten en intentar dividir o en intentar enfrentar o en intentar manio-brar dentro de otras formaciones políticas, con falta de respeto, con ignorancia, poniendo intereses partidistas: cuanto más debilitado está el adversario y yo pueda debilitarlo más, tanto mejor para mis intereses partidistas. No creo en ese tipo de política que se practica en algunas ocasiones en España.

Yo no creo en las políticas que intentan buscar el enfrentamiento regional. Ha dicho Alejo Vidal-Quadras, con toda la razón, que Cataluña va bien cuando España va bien. Y no es bueno que si se comete un exceso en algún lado se conteste con un exceso mayor desde otro lado; no es bueno el enfrentamiento, es bueno buscar intereses compatibles para todos.

Algunos seguirán haciendo lo único que saben, que es, por cierto bastante poco: descalificar a los demás o insultar o enfrentarse. Es lo mismo. Ahora es el momento de hacer propuestas constructivas, de sumar voluntades, de tener actitudes abiertas, y yo la quiero tener hoy aquí en Barcelona y lo vais a comprender: porque estamos cumpliendo no sólo con una responsabilidad de proyecto nacional para España, sino, además, con una obligación del futuro Gobierno de España.

La Constitución y el Estatuto de Cataluña, son y representan, y yo lo reafirmo en un marco de libertades, un modelo fecundo y positivo de reconocimiento de la identidad catalana y de integración de Cataluña en España.

A lo largo de nuestra historia, éste es el momento en el que mejor se ha resuelto la integración de Cataluña en el conjunto de España. En esta cuestión delicada yo pido lealtad, pido que no se juegue desde la ambigüedad porque le va mucho a Cataluña y le va mucho a España. Y si es verdad, como presumen muchos catalanes, que Cataluña es un ejemplo de convivencia, pues que lo siga siendo y para que lo siga siendo, no juguemos con lo que no hay que jugar. Lealtad a la Constitución y lealtad al Estatuto, sin ambigüedad y sin doble lenguaje, para que Cataluña siga siendo ejemplo de convivencia.

Yo reafirmo esta mañana, por lo tanto, el compromiso constitucional y estatutario. Yo me comprometo esta mañana a desarrollar hasta las últimas consecuencias y previsiones constitucionales, incluida la tarea de simplificación de la Administración, el Estatuto de Cataluña. Yo reconozco los factores diferenciales que, por razones de lengua, enriquecen el conjunto cultural español. Yo me comprometo al desarrollo de la cooficialidad en aquellas Comunidades dónde hay dos lenguas y en hacer un gran pacto, un gran acuerdo por el bilingüismo real en esas comunidades que respete la libertad individual de los ciudadanos de esas comunidades.

Yo me comprometo esta mañana a avanzar y culminar los procesos de desarrollo estatutarios y de transferencias y naturalmente, a hacer planteamientos razonables en aquellas cuestiones pendientes, sean de la índole que sean, y que puedan servir para dar un paso más, para dar un salto adelante en el progreso de España.

Yo creo que es bueno para el ciudadano, y para la comunidad, para España en su conjunto, introducir, y me comprometo a ello, mecanismos de corresponsabilidad fiscal que respondan, que sirvan para que las administraciones autónomas digan al ciudadano qué ingresos se le detraen, y qué servicios se le prestan.

Esa corresponsabilidad no significa aislamiento, supone también la solidaridad territorial y social con los que tienen menos.

Yo me comprometo esta mañana a ese desarrollo político, y no lo quiero hacer como una oferta electoral. He definido una política posible y quiero una actitud rigurosa que mejore las cosas tanto en Cataluña como en España.

Tengo el deseo de una mayor estabilidad en la organización territorial, y me anima también el deseo de una mayor fluidez de un mejor marco en la integración y representación de Cataluña en el conjunto de España. Y yo no voy a dar en este terreno, desde una actitud solidaria, ni un paso atrás.

Aquí, están en juego una buena parte de los intereses generales de los españoles y, por eso, no voy a dar un paso atrás. Yo no tengo un concepto instrumental ni mercantil de la vida política, porque si se actúa con lealtad, las diferencias no constituyen un factor negativo o perturbador, un obstáculo para el proyecto general de España. Si se actúa sin radicalidad y sin ambigüedad esas diferencias son positivas, suponen un enriquecimiento —lo digo una vez más— incluso para la solidaridad interterritorial y social en nuestro país.

Por eso os diré que seguiré tendiendo la mano, y reitero que no estoy haciendo una mera oferta electoral. Pero también quiero hacer una simple reflexión personal. Dejadme, dejadme que siga pensando siempre que más importante que ocupar un cargo es sacar al país adelante. Mucho más importante.

Permitidme que unida a esta reflexión personal os transmita otra convicción profunda en este momento: vamos a gobernar España con decisión y con el diálogo; vamos a gobernar España desde el centro. Vamos a gobernar España desde la razón, y no desde el abuso; y vamos a gobernar integrando lo mejor que tiene España, sin la exclusión de nadie, ni de personas ni de comunidades, en ese proyecto español.

Antes he hecho una referencia, que quisiera culminar en estas reflexiones ante vosotros, a las ambiciones europeas

de España. Había dos objetivos importantes para nuestro país, históricamente: el primero era estar en Europa. España entró en la Alianza Atlántica, España forma parte de la Comunidad Europea, España participa ahora en los anhelos de crear una Unión Europea más perfecta. Y había otro objetivo importante: hacer que nuestro país estuviese entre los países más ricos o más desarrollados de Europa.

Pues fijaos bien: tal vez lo que ha ocurrido durante este año es que ha habido un Gobierno que no se ha dado cuenta de las consecuencias de nuestra adhesión a la Comunidad y de la puesta en marcha del Acta Única Europea. Las consecuencias para España suponían que el día 1 de enero de 1993 vaya a empezar en España y en Europa el mercado más grande que existe en todo el mundo. Aquí todavía nos seguimos enredando desde el Gobierno con algunos dirigentes del partido socialista diciendo: "No, si ya sabemos que eso del mercado es muy importante, pero es que el mercado hay veces que no nos entiende". Todavía seguimos con eso. ¿Y cuál ha sido el resultado? El Gobierno ha hecho que España haya perdido la batalla más importante que tenía nuestro país para su futuro inmediato, que es la batalla de la competitividad, haciendo posible una economía fuerte y competitiva capaz de aguantar la competencia exterior y la competencia europea con todas las circunstancias.

Y ahora vemos cómo cuando hay momentos de turbulencias o eso que se llaman tormentas o crisis, los fuertes se mantienen y los débiles son los que lo pasan mal.

Ahora vemos cómo la crisis nos zarandea cuando todavía en el mes de julio se negaba desde el Gobierno. Unas veces González, otras sus ministros, negaban que en España hubiera crisis. Pues bien, si hemos perdido, si el Gobierno ha hecho perder a España esa batalla, el proyecto que en este momento nosotros tenemos que ofrecer a nuestro país es exactamente el de recuperar España, recuperar la fortaleza interna de España haciendo un país sólido, vertebrado, competitivo, capaz de estar entre los mejores y capaz de ganar en la competencia. Este es nuestro proyecto, esta es nuestra responsabilidad en este momento.

Os diré más, y he dicho que no iba a pronunciar aquí, en esta mañana, palabras fáciles: en los próximos años nos la jugamos para varios decenios. Si en los próximos tres o cuatro años en nuestro país no existe la decisión política de afrontar, en toda su magnitud, los problemas que impiden en este momento, el progreso de España, jugamos con el futuro de España para varios decenios y acabaremos, inevitablemente, si no corregimos nuestra situación, perdiendo esa oportunidad.

Claro que se podrá decir: “Oye, José María, que el Gobierno es el principal obstáculo”. Y sí que es verdad, por eso hay que cambiar el Gobierno. Porque es el principal obstáculo.

Pero hay más. ¿Podrán actitudes particularistas prevalecer o ceder ante el objetivo real, ante un objetivo nacional como es el del bienestar general de la sociedad española en su conjunto? ¿Podrán prender en alguna parte de España la actitud de decir voy a intentar salirme yo solo de esto y allá los demás que se las arreglen como puedan? No me parecería eso una actitud responsable. Por eso he dicho antes que hoy no cabe la reivindicación permanente, que es necesario el diseño de políticas posibles en un marco de lealtad a la Constitución y a los Estatutos. Por eso he ofrecido mano tendida superando tópicos, superando manías que no ayudan al futuro de nuestro país ni en términos de progreso ni en términos de bienestar. Por eso hay que decir que cualquiera de esos intentos que a veces se oyen de ligar —y permitídmeme que use esa expresión— ligar, que es una expresión gratísima, ligar directamente con Europa, prescindiendo de lo que significa España, es simplemente una irresponsabilidad enorme, y además es imposible.

En consecuencia, démonos cuenta ¿qué necesita nuestro país? Más ahorro y más inversión y más productividad y más competitividad. Necesita que se abran más empresas y que se trabaje más y que se ponga más cuidado en el trabajo y necesitamos capacidad de convicción y de credibilidad en lo que somos capaces de hacer juntos. Pero para eso hay que superar muchas cosas.

Yo recibía hace setenta y dos horas a trabajadores y familias de una empresa, ENFERSA, de esas que forman parte, de las muchas que forman parte, de ese grupo llamado ERCROS y de un asunto, el asunto llamado KIO. No puede seguir nuestro país así. No puede seguir nuestro país en la irresponsabilidad de un Gobierno que no mide las consecuencias de sus actos respecto a circunstancias o a inversiones de gobiernos extranjeros.

No puede convertirse España en un lugar en el que mientras se hacen patrimonios o fortunas patrimoniales que son un escándalo social se ponen en la calle a miles de trabajadores de España. No puede ser.

Necesitamos superar estas cosas. Por eso decía antes, ¿pero cómo va a salir adelante una sociedad sin principios, sin valores, sin normas? No puede vivir nuestro país en un escándalo social, un escándalo económico o en un escándalo político continuo ¿Qué se le dice ahora a esas familias? ¿qué se le dice ahora a esos trabajadores? ¿hasta cuándo vamos a seguir cerrando industrias y destruyendo empleo? ¿hasta cuándo vamos a seguir no dándonos cuenta que tenemos que aportar cada uno de nosotros mucho más? ¿hasta cuándo, hasta dónde, tienen que llegar las cosas para que algunos se den cuenta que ha llegado el momento del cambio en España? ¿cuándo? ¿qué necesita pasar en nuestro país?

Falta ya poco para dos cosas: para que yo termine el discurso y para ganar el Gobierno. Las dos cosas. Falta ya poco.

Para la democracia, para España, es bueno que los socialistas salgan del poder. Y yo espero que cuando lo hagan, dentro de poco, lo hagan tan ejemplarmente como lo hizo la Unión de Centro Democrático.

España necesita cambio, necesita cerrar un ciclo, abrir un ciclo nuevo, necesita recuperar equilibrios y, sobre todo, necesita recuperar confianza.

¿Cómo va a tener confianza un inversor español, un inversor extranjero, un trabajador autónomo o un pequeño empresario que son los que crean la riqueza y los puestos

de trabajo en nuestro país si no tienen un marco jurídico-económico de referencia medianamente seguro?

Si no saben muy bien adónde van los impuestos que pagan, si no saben muy bien para qué sirven los presupuestos que aprueban, si ven que todos los días hay un escándalo político económico o social, si ven que en lugar de crearse economías productivas, se crean esas especies de economías de casino donde todo vale y el más listo es el que sale por delante con la maleta corriendo.

¿Cómo va a trazarse un marco razonable de crédito institucional o de crédito económico o político en nuestro país? Y ese es uno de los grandes deterioros que hay que parar en España en este momento, y por eso, evidentemente, tenemos la obligación y la responsabilidad de cambiar las cosas en nuestro país. De parar el deterioro económico, de parar el deterioro institucional, de parar la destrucción de empleo, de parar el cada vez mayor distanciamiento entre las instituciones y una parte de la sociedad, de parar cierta sensación cada vez más profunda de desencanto, de fraude, de desilusión.

Y fijaos bien: la gran apuesta y la gran aventura del Partido Popular, es lo contrario, es la honradez y la autenticidad y la transparencia, y la ilusión y la confianza y el rigor en la aplicación de políticas que son las que tenemos que hacer claramente bajo este lema que es el lema de la Constitución.

Hemos celebrado este aniversario de la Constitución en Barcelona, y al reafirmar una vez más nuestra lealtad a la Constitución española para el presente y para el futuro, al reafirmar nuestro compromiso de desarrollo de la Constitución como marco político y como marco de valores morales y principios que forman e infunden sustancia y fundamento a nuestra convivencia, permitidme que desde aquí pida a la sociedad catalana su contribución y su apoyo al proyecto de cambio que nosotros propugnamos para toda España.

Lo pido a la sociedad catalana, y vuelvo a decir: no más tópicos, no más ideas viejas; merece la pena construir conjuntamente ese proyecto de cambio. Merece la pena que si somos capaces de compartir, en muchas ocasiones, ideas,

valores, política, moral, aspiraciones... hagamos un proyecto constructivo para sacar adelante nuestro país en una época de crisis.

España necesita cambiar y España va a cambiar, y nosotros vamos a mejorar España. A España no se le puede ofrecer más de lo mismo. Más de la misma frustración, más del mismo desencanto, más de la misma desilusión, más de la misma desesperanza de futuro.

Yo, por eso, porque sé que necesitamos cambios, porque sé que no se puede ofrecer a los españoles más de lo mismo, también quiero decir que nadie en el umbral de ese cambio se sienta intranquilo, que nadie se sienta temeroso.

Combatiré siempre cualquier acción política que quiera infundir miedo a los ciudadanos españoles. Nosotros sabemos muy bien lo que tenemos que hacer en España, y lo vamos a hacer desde la integración. Cuando a veces se preguntan: ¿qué diferencia a las personas? Yo quiero para mí, para mi partido y para mi país un liderazgo integrador. Para liderazgos excluyentes ya está Felipe González, y yo no quiero ser así.

Yo quiero un liderazgo integrador, un liderazgo positivo, un liderazgo que sume. Ese proyecto de cambio tiene que remover el obstáculo que hoy representa el Gobierno para España. Donde no hay ni un proyecto, no hay ni una idea positiva de futuro, y no hay una, sino muchas o varias facciones enfrentadas que impiden articular racionalmente una idea.

Y ese proyecto de cambio que es la integración de muchos esfuerzos en una mayoría significa, también, vertebrar las grandes capas medias españolas que son las que realmente hacen el país. Que son las que construyen el país. Esos millones de españoles como nosotros, gente normal, gente honesta, que paga sus impuestos, que abre el país todos los días, que lo cuidan, que lo quieren; las que luchan por su futuro; las que sienten los agobios cuando las cosas van mal, y también, las que llegado el momento son las que miman, las que cuidan al país, las que cuidan también nuestra democracia, porque todo necesita cuidado todo necesita atención. Y esas grandes capas medias, que son las

capas del progreso de España, son las que tenemos que vertebrar en torno a nuestras ideas. Y son las que tienen que agruparse también en torno a ese impulso de futuro que marca el decimocuarto aniversario de nuestra Constitución.

Ahora es momento de cambio. Permitidme que muestre esta convicción: es hora de pasar el testigo a una nueva generación de líderes políticos en España.

Creo que hay una nueva generación de españoles a los que ahora les corresponde la tarea de gobernar y necesitan autoridad moral para dirigir el país hacia el futuro. Es hora, por lo tanto, de profundas convicciones, y es hora, como he dicho al principio, de profundas lealtades. De lealtad a la Constitución, de lealtad a España, de lealtad a nuestras ideas. No es hora de mezquindades, ni de enzarzarse en discusiones inútiles, ni de echar permanentemente la culpa a los demás. Yo por eso esta mañana he hablado muy poco del Gobierno y mucho de la Constitución, de España y de su futuro. De lo primero —del Gobierno—, no merece la pena hablar. De lo segundo porque es la hora del cambio, es la hora de ganar, y ganaremos todos para construir un gran proyecto de España.

· Muchas gracias.

